

TESTIGOS DEL 14 DE ABRIL

El 14 de abril de 1931 es una fecha clave para comprender la España actual y aun para resumir toda la Historia anterior, sobre todo la aceleración de sucesos a partir de la culminación del desastre colonial y de los últimos intentos de reconstruir un imperio por las rutas de África, que el Cardenal Cisneros había señalado —vanamente— con su dedo anillado. La proclamación de la II República Española pesa mucho sobre los hombros de los ciudadanos de hoy. Para muchos, aun con sus avatares, su vida corta y aventurada, sus continuos riesgos —hasta que uno de ellos acabó con ella, no sin larga defensa y agonía—, constituye el único período de democracia real que haya tenido este país, con su enorme apertura a los partidos —no cortó el paso ni a los monárquicos, ni a los fascistas; ni, en otro extremo, a los comunistas ni a los libertarios—, con toda su obra política, pública y social continuamente sometida a debate; con su profunda renovación de costumbres —divorcio, laicismo, cambio total en la enseñanza, permisividad para toda literatura y espectáculo, aun tolerancia para los inmediatamente calificado de pornográfico—; con sus exámenes —inconclusos— de las cuestiones agrarias y obreras...

Para otros, todo ello es resumen del mal, compendio del desastre. Basta leer o escuchar las declaraciones de los prohombres de la derecha para conocer sus objeciones históricas; la debilidad del Régimen, el desmigajamiento de la opinión pública en lo que consideran un exceso de partidos, la tendencia a las autonomías regionales, la debilitación del Ejército y, sobre todo, el "kerenskismo", y hasta la inculpa a la República por los acontecimientos de los que fue primera víctima.

Es indudable que este confuso debate histórico está empañado, por uno y otro lado, del vaho de la actualidad. Se especula con aplicaciones de ejemplos —positivos o negativos— republicanos acerca de la viva actualidad, sino de proyecciones hacia el futuro. Se podría considerar deshonesto tal postura —por lo que aquel hecho tiene de irrepitable, por la diferente repartición de

clases sociales y económicas en España, por el peso tan distinto de las familias ideológicas (ya que no se puede hablar literalmente de partidos), por el contexto internacional enormemente diferente, etcétera— si no fuese porque no hay razones para dudar de la honestidad intelectual de quienes las emiten, aunque sí pueda culpárselas de pobreza de medios y de información —y quizá de decisión y de valor personal— para considerar nuestro presente y nuestro futuro dentro de los datos de ahora, descargando el ahora, el presente, de la dudosa ganga de la comparación y de la interpretación de todo lo remoto.

Pero el problema, al recordar la fecha indudablemente histórica de la proclamación de la II República Española, hace cuarenta y cuatro años, es el de la imposibilidad del distanciamiento y de la pureza del acontecimiento en sí. Las cargas ambientales y quienes las ejercen no lo permitirían. Por eso hemos preferido ir directamente a la impureza como fuente de información y recuerdo; esto es, en lugar de acoger la opinión de quienes apareciesen como neutrales y objetivos —por su propia carga histórica y por la presión ambiente— sobre aquel 14 de abril, hemos buscado la de algunos de sus testigos, sin parar demasiado en su ideología de entonces y de ahora, yendo del testimonio de quien era un activo libertario, como Eduardo de Guzmán, a un Ernesto Giménez Caballero, de quien se debate ahora si fue el primer fascista español, pero del que caben pocas dudas de que es uno de los últimos, como lo muestran las mismas palabras que ha emitido para nosotros; con ellos, la serenidad de un viejo y eterno militante de la derecha, Ramón Serrano Suñer, y la zumba madrileña de un republicano —aunque hijo de un ministro de la Corona—, José Bergamín.

Todo ello compone un pequeño mosaico que, si no tiene la entidad de un análisis ni de una conmemoración —incluso porque no se lo hemos propuesto así a nuestros comunicantes—, sirve para evocar el perfume de un día que fue histórico y alegre. ■

EDUARDO DE GUZMAN

—Los resultados electorales del doce de abril constituyeron una sorpresa para todos, empezando por los propios republicanos. No era, desde luego, la primera vez que las fuerzas antidinásticas triunfaban en Madrid, Barcelona o Valencia, pero sí cuando su victoria resultó más completa y rotunda. Los noventa mil seiscientos treinta votos de la conjunción en la capital de España, frente a los treinta y un mil seiscientos treinta y seis sufragios monárquicos, revestían un carácter decisivo y, junto con lo sucedido en todas las poblaciones importantes del país, marcaban el final inmediato del régimen imperante desde la Restauración de mil ochocientos setenta y cuatro.

"Hacia ocho años que no se celebraban elecciones, y nadie sabía a ciencia cierta cómo pensaba el pueblo español luego de la Dictadura de Primo de Rivera y de la "Dictablanda" de Berenguer. Para mí, fueron los primeros comicios que hube de seguir de cerca como periodista, realizando la



información en los distritos madrileños de Latina y Palacio. Si en el primero cabía esperar una mayoría republicana, en el segundo nadie dudaba de la victoria monárquica. Por eso, cuando al caer la tarde del domingo comprobé que en casi todas las secciones de Palacio los votos de la conjunción doblaban a los de sus adversarios, tuve la certidumbre de la inevitable caída de Alfonso XIII.

—Que, sin embargo, muy bien pudo no producirse, ¿verdad?

—Pese a que esta posibilidad se haya repetido hasta la saciedad, la negué entonces con todo el apasionamiento y la inexperiencia política de mis veintidós años, y la continué negando hoy, casi nueve lustros después. La Monarquía fue a las elecciones municipales —después que una abstención general frustró el propósito de Berenguer de ir a unas legislativas— no sólo plenamente segura de ganarlas, sino convencida de que aun perdiéndolas en las ciudades importantes, podría manipular los resultados para hacer ver que las había ganado. Se trataba de una maniobra tan burda como equiparar los edificios designados sin oposición y merced al artículo veintinueve en las últimas aldeas del país, a los concejales elegidos por millares de votos en las grandes poblaciones. Se equivocó por dos razones: que la nación dio desde el primer momento carácter plebiscitario a las elecciones y que la victoria republicana resultó arrolladora, no sólo en las zonas industriales, sino también en los feudos dominados tradicionalmente por el más reaccionario caciquismo.

"El marqués de Hoyos, último ministro de Gobernación de don

Alfonso XIII, hace esfuerzos desesperados por disimular la derrota monárquica, y tanto en la noche del domingo como en la mañana siguiente asegura que han resultado elegidos muchos más concejales dinásticos que antidinásticos. Recogiendo sus informes, "Hoja Oficial del Lunes", único periódico que se publica en Madrid en la mañana del día trece, asegura la victoria monárquica. Nadie lo cree, sin embargo. Y cuando aparecen los diarios de la tarde —que en esta ocasión anticipan su hora de salida—, las gentes comprueban que el triunfo republicano ha tenido mayor envergadura de cuanto podían pensar lo más optimistas. El pueblo español había votado resueltamente contra don Alfonso XIII.

—¿No pudo mantenerse en el trono recurriendo a la fuerza?

—Se dijo entonces y se ha repetido después ininidad de veces. Hubo incluso ministros y mandos militares que abogaron por esta solución dramática para la Monarquía. Pero aparte de que el propio monarca —y justo es consignarlo en su honor— no deseaba conservar la corona a costa de derramar sangre, resulta harto dudoso que en aquellos momentos hubiese podido hacerlo. Como el propio



Sobre estas líneas, junto a don Niceto Alcalá Zamora, que ocupa el centro de la fotografía, aparece, señalado con una cruz, Eduardo de Guzmán, testigo de los momentos culminantes de proclamación de la República.

conde de Romanones declara en el Consejo de Ministros que se celebra en la tarde del lunes, "aun suponiendo, y era mucho suponer, que el Gobierno contara con medios para resistir, no debíamos siquiera intentarlo, pues la fuerza se puede y se debe emplear contra los hechos revolucionarios, pero se carece de fuerza moral para emplearla contra las manifestaciones del sufragio; el máuser es un arma inadecuada contra el voto".

"Acaso Romanones se expresaba en estos términos tras conocer el parecer de dos generales que en esos momentos tenían la mayor importancia: don Dámaso Berenguer, ministro de la Guerra, y don José Sanjurjo, director general de la Guardia Civil. El primero, una vez enterado del resultado de los comicios, remite en la madrugada del día trece un telegrama cifrado a todos los capitanes generales, en el que, después de señalar el triunfo republicano, hablando de los destinos de la Patria, les ordena que "respeten el curso lógico que les imponga la suprema voluntad nacional". En cuanto al segundo, Romanones primero y Cierva después, le preguntan cuál será la actitud de la Guardia Civil en vista de la victoria electoral republicana, y el general responde, vacilante y evasivo: "Hasta ayer noche podía contarse con ella". Pero no precisa nada acerca de si mañana — y es lo

que verdaderamente importa— podrán contar con ella los que todavía son ministros del Rey.

"En cualquier caso, hay un hecho evidente y demostrativo. Durante toda la tarde y la noche del lunes, el centro de Madrid es recorrido en todas las direcciones por numerosos manifestantes, que vitorean a la República y dan muerte a la Monarquía. Tanto los guardias de Seguridad como los civiles se inhiben por completo, sin hacer un solo movimiento para dispersar y disolver las manifestaciones. Tan extraña es su actitud, que circulan insistentes rumores de que se prepara la abdicación de don Alfonso y la Fuerza Pública está ya de acuerdo con el Gobierno provisional. No es cierto, como sabremos más tarde; pero sí lo es que la Guardia Civil y los guardias de Seguridad son aclamados y vitoreados en la misma Puerta del Sol por las muchedumbres republicanas. Y este clima persiste en la mañana del martes día catorce, pese a que de madrugada ya se ha producido un choque aislado y esporádico en el paseo de Recoletos entre unos manifestantes y una compañía de la Guardia Civil, en que resultan un muerto y varios heridos.

—¿Cómo viviste personalmente la jornada del catorce de abril?

—En la Redacción de un periódico republicano —"La Tierra"—, del

que era entonces redactor-jefe; en algunos centros oficiales, en la sede de diferentes partidos republicanos o en los domicilios particulares de algunas personalidades destacadas y en la calle. La primera noticia al llegar muy de mañana al periódico fue que la República se había proclamado en Eibar y estaba a punto de proclamarse en cien puntos distintos de España. Era lógico esperarlo y casi inevitable que sucediera. Nuestro número de la víspera —agotado apenas puesto a la venta— proclamaba en grandes titulares que España se había decidido por la República, reclamaba todo el poder para el Gobierno provisional y aseguraba que la tramitación de poderes se efectuaría en el plazo de las próximas horas. Todo el mundo estaba seguro de la existencia de la crisis, aunque no hubiera sido declarada oficialmente aún. Cuando en la tarde del trece se pregunta al almirante Aznar si hay crisis, responde sincero y abrumado: "¿Qué más crisis quieren ustedes que la de un país que se acuesta monárquico y se levanta republicano?". Por su parte, el conde de Romanones, al ser preguntado al finalizar el Consejo de Ministros si el día catorce tendrá solución definitiva la situación planteada, contesta con un gesto expresivo: "¡Y tan definitiva!".

"En la mañana del catorce

teníamos en la Redacción el texto del telegrama cifrado enviado por Berenguer veinticuatro horas antes a los capitanes generales. También sabíamos algo de las gestiones emprendidas por el duque de Maura cerca de su hermano Miguel y de las de Romanones con el doctor Marañón, primero, y con el propio Alcalá Zamora, después. Incluso se asegura por todas partes que el general Sanjurjo se mantiene en actitud expectante; para nadie es un secreto su estrecha amistad con Lerroux, ni que frecuentan su domicilio personas tan significadas como Dámaso Vélez y Ubaldo Azpiazu, colaboradores políticos del jefe radical. En el hotelito de Miguel Maura, en la calle del Príncipe de Vergara, está reunido en sesión permanente el Gobierno provisional de la República; entre los asistentes se encuentran Azaña y Lerroux, que permanecieron escondidos hasta el pasado domingo. En Palacio, Alfonso XIII se dispone a realizar sus últimas consultas políticas. En provincias se ha declarado la huelga general en Zaragoza, hay grandes manifestaciones populares en Valencia y parece que la República se ha proclamado en algunos puntos de Galicia.

"A las doce de la mañana salgo de la Redacción para acudir a la puerta de Palacio. Aunque se ▶

YA ESTA A LA VENTA

Nº 5

Enrique Tierno Galván

PABLO IGLESIAS

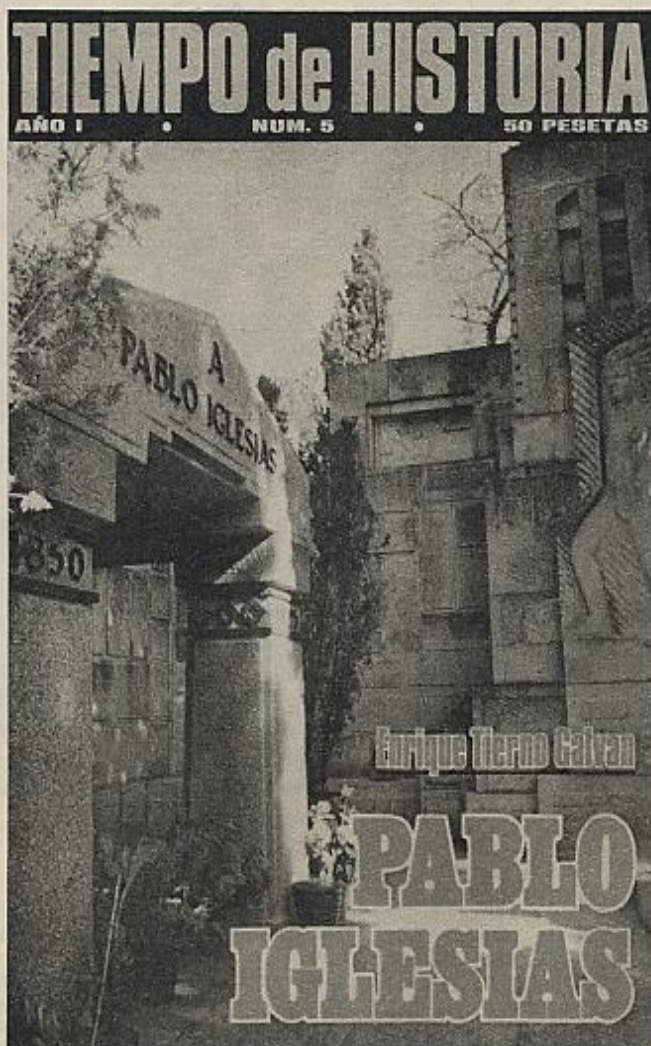


**MANUEL AZAÑA:
DIALOGO DE LA
GUERRA DE ESPAÑA**



**FEDERICO GARCIA LORCA
Y «LA BARRACA»**

Director: EDUARDO HARO TECLEN



PABLO IGLESIAS, EN PERSPECTIVA HISTORICA, por Enrique Tierno Galván. ● BREVE CRONOLOGIA DE PABLO IGLESIAS. ● PABLO IGLESIAS Y MIGUEL DE UNAMUNO (CORRESPONDENCIA), por Víctor Manuel Arbeloa. ● CEMENTERIO CIVIL: UN REFLEJO DE LAS DOS ESPAÑAS, por J. Antonio Gómez Marín. ● MANUEL AZAÑA: DIALOGO DE LA GUERRA DE ESPAÑA. ● «LA VELADA EN BENICARLO». ● «LA BARRACA», DE FEDERICO GARCIA LORCA, por Enrique Azcoaga. ● MINISTROS, CAMBIOS Y REVOLUCIONES, por Antonio Mullor. ● 1935, EXPLOSION DEL IMPERIALISMO FASCISTA: LA AGRESION ITALIANA A ETIOPIA, por C. A. Caranci. ● BARDUNG, AÑO VEINTE: EL DESPERTAR DEL TERCER MUNDO, por P. Costa Morata. ● LA SO CIEDAD ESPANOLA DEL RENACIMIENTO, por Víctor Márquez Reviriego. ● «ESPAÑA 1945». ● LIBROS: José Gaos: Historia de nuestra idea del mundo, 1921. El PSOE y el comunismo en España. Un análisis divulgador del fenómeno vampírico. ● CINE: La reflexión histórica de los hermanos Tavani. Una entrevista de Fernando Lara. ● DEBATE. ● SALTES.

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A:

TIEMPO DE HISTORIA
Conde Valle Suchil, 20. Tel. 447 27 00
Madrid-15

PRECIOS DE SUSCRIPCION ANUAL
(12 números): España: 500 pesetas.
Extranjero: 700 pesetas.

Quando el suscriptor solicite expresamente el envío de los ejemplares por avión, o certificados, a las tarifas anteriores se incrementarán las sobretasas postales vigentes.

BOLETIN DE SUSCRIPCION A «TIEMPO DE HISTORIA»

NOMBRE Y APELLIDOS

CALLE O PLAZA

N.º

TELEF.

CIUDAD

PROVINCIA

PAIS

FIRMA,

SUSCRIBANME POR UN PERIODO DE UN AÑO (12 números)
a partir del próximo número del mes de

Formas de pago



Adjunto TALON BANCARIO nominativo a favor de «Tiempo de Historia».

Envío GIRO POSTAL núm.

TESTIGOS DEL 14 DE ABRIL

advierte cierto nerviosismo en las calles y hay fuertes retenes de la Fuerza Pública en la Puerta del Sol y la plaza de Oriente, el aspecto de Madrid es normal. Todos los comercios están abiertos, circulan como de ordinario los tranvías y el "metro", y nada parece indicar que la nación viva unas horas decisivas. En la puerta de Palacio, un grupo numeroso de periodistas y algunos curiosos que contemplan desde el centro de la plaza las entradas y salidas de los personajes políticos. Casi todos los ministros han sido recibidos por don Alfonso, aunque no se ha celebrado ningún Consejo. Uno de los informadores ha preguntado al almirante Aznar, que sale, si el Rey continuaba todavía en Palacio; sin molestarse por la pregunta, el aún presidente del Gobierno responde sonriente: "Sí, arriba está".

"Los ministros, algunos de los ministros al menos, han aconsejado a don Alfonso que consulte con los constitucionalistas acerca de la solución que debe darse a la grave situación planteada. Accediendo a sus indicaciones, el monarca ha llamado a Sánchez Guerra, Villanueva, Melquiades y tal vez a Bergamín y Ossorio, algunos de los cuales no tardarán en acudir a Palacio, aunque nadie cree que a estas alturas pueden resolver nada.

"La única salida es la República, y ha de irse a ella sin pérdida de tiempo.

"A la una marcho a Gobernación para ver, como todos los días, al marqués de Hoyos, en compañía de un grupo de informadores. El marqués está un poco más triste que de ordinario, pero recibe a los periodistas con su habitual deferencia y se muestra menos explícito que nunca. Nada sabe o nada quiere saber de que la República se haya proclamado en diferentes puntos de España ni de las manifestaciones republicanas que recorren las calles de ciudades tan conservadoras como Pamplona y Cádiz. Menos aún de lo que sucede en Valencia y Alicante, de la huelga de Zaragoza ni de la situación en Barcelona. Todo lo que se dicen son rumores y nada más que rumores.

"Lo único que puedo decirles —concluye— es lo mismo que dije al salir de Palacio y que seguramente conocerán ya. Don Alfonso consultará, tras hablar con los miembros del Gobierno, a varios políticos constituyentes y no sé si a varios más.

"Vuelvo andando a la Redacción, que está en la calle de Jardines, muy cerca de la Puerta del Sol. En el periódico, las noticias se suceden con ritmo acelerado. Acaso la más importante de todas sea que Alcalá Zamora ha abandonado precipitadamente la reunión del Gobierno provisional para dirigirse a casa del doctor Marañón, en la calle de Serrano, donde celebra una larga entrevista con el conde de Romanones. Aunque no se conoce con exactitud lo que estén

tratando, no cuesta trabajo imaginárselo: la transmisión del poder. En Barcelona no han esperado al resultado de la conversión y han proclamado la República.

"Primero ha sido Companys, en el Ayuntamiento; poco después, Maciá, en la Diputación. Dicen que el general López Ochoa ha tomado posesión de la Capitanía General.

"Todo esto queda confirmado unos minutos después. Llamen por teléfono desde "Solidaridad Obrera", de Barcelona, para enterarse de lo que pasa en Madrid. Se lo digo yo, que he cogido el aparato, con la máxima concreción y brevedad. En estos momentos, Alcalá Zamora y Romanones deben estar acordando la forma y el momento en que el último Gobierno de la Monarquía cederá su puesto al primero de la República. La transmisión de poderes se hará esta misma tarde, y antes del anochecer quedará proclamada oficialmente la República en toda España. ¿Y don Alfonso? Se marchará, desde luego. Dicen que a Lisboa, aunque probablemente lo dicen para despistar, porque se irá por otro lado, pero se marchará.

"Quiero saber lo que ocurre en Barcelona. No ha habido luchas en la proclamación del nuevo Régimen, que se ha realizado en plena calma y en medio de un desbordante entusiasmo. Tan sólo un pequeño roce entre elementos del Partido Radical y de la Izquierda, porque unos y otros pretendían tomar posesión del Gobierno Civil, imponiéndose los seguidores de Maciá. Grandes manifestaciones recorren el centro de la ciudad vitoreando a la República. Su número aumenta por momentos, porque han empezado a cerrarse fábricas, talleres y comercios, y de todas las barriadas acuden en son de fiesta millares y millares de hombres y mujeres.

"Desde casa de Maura telefona un compañero para decirnos que Alcalá Zamora ha vuelto para reunirse con sus compañeros del Gobierno provisional. Hablando con los informadores les ha dicho que había acordado con Romanones todo lo referente a la marcha de la familia real. El que telefona salía corriendo para Palacio, porque se esperaba que don Alfonso abdicase de un momento a otro y partiera inmediatamente con rumbo a la frontera.

"El número de "La Tierra", con la sensacional noticia de la proclamación de la República, está compuesto y confeccionado. Un grueso titular a ocho columnas dice en primera página: "Esta tarde, don Alfonso de Borbón ha hecho renuncia a sus derechos al trono de España". Debajo, y a modo de sumario informativo, también en grandes caracteres, puede leerse: "La República ha sido proclamada esta mañana en varias capitales. El Régimen, en sus estertores, aún consultó a los viejos políticos. El Gobierno provisional de la República, en el poder. Ha sido pedida

la garantía de las vidas de la familia Borbón. ¡Que lleven buen viaje!". Podríamos lanzarlo a la calle dentro de quince minutos, pero aún falta la confirmación de la noticia fundamental, y hay que esperar a que se produzca oficialmente.

"A las cuatro abandono la Redacción, y en un taxi que espera a la puerta marcho hacia la casa de Miguel Maura en busca de la noticia tan ansiosamente aguardada desde la mañana. En la calle de la Montera y en la Puerta del Sol han empezado a cerrar los comercios y se forman grandes grupos que no tardarán en organizar varias manifestaciones. Una muy nutrida baja ya por el primer tramo de la calle de Alcalá. En la Cibeles hay concentrados varios millares de personas, que apenas dejan circular los coches. Una sección de la Guardia Civil a caballo está desplegada ante el Palacio de Comunicaciones, en actitud pacífica y tranquila. En el interior del edificio reina gran agitación, con numerosos empleados de Correos y Telégrafos asomados a las ventanas y contestando con entusiasmo a los gritos de la multitud. Varios de ellos colocan en una de las terrazas que dan a la plaza una bandera tricolor, cuya aparición es acogida con gritos de entusiasmo y vivas a la República por la gente estacionada en torno a la fuente central y en el arranque de los paseos del Prado y de Recoletos. Ni los guardias civiles desplegados ante Comunicaciones ni los soldados de guardia en el Ministerio del Ejército hacen nada por retirar la bandera ni por dispersar a los manifestantes.

"Aunque el espectáculo es interesante, sigo adelante, porque me interesa mucho más la noticia que espero recibir en el hotelito de Príncipe de Vergara, donde sigue reunido el Gobierno provisional. Al llegar, no despidió el taxi; pido al chófer que me espere con el motor en marcha para salir corriendo hacia la Redacción en cuanto se produzca la noticia del día. En casa de Miguel Maura hay mucha gente expectante. Los miembros de lo que hace unos meses fue Comité Revolucionario están reunidos en uno de los salones del piso bajo. En el amplio vestíbulo me encuentro a una veintena de periodistas que aguardan lo mismo que yo he ido a buscar. Todos están nerviosos e impacientes, esperanzados en que la confirmación oficial de los rumores circulantes no se haga esperar muchos minutos. Romanones pidió a don Niceto garantías para la vida de todos los miembros de la familia real, y el Presidente del Gobierno provisional de la República se las dio sin la menor vacilación. Sólo exigió como contrapartida la renuncia de don Alfonso y que la transmisión del poder se realizase oficialmente antes de las siete de la tarde.

"Lo malo es que son ya las cuatro y media y el Rey sigue recibiendo visitas en Palacio como si no

pensara seriamente en marcharse.

"Algunos expresan su temor de que los elementos monárquicos puedan recurrir a estas alturas a un golpe de fuerza para impedir la proclamación de la República. Otros van todavía más lejos, e insinúan la posibilidad de que todas las negociaciones de la jornada no tengan otro objetivo que confiar a los republicanos para cogerles por sorpresa a fin de que no puedan oponer una resistencia seria. Aunque la mayoría rechaza de plano la hipótesis, a medida que transcurren los minutos crecen la desconfianza y el recelo. De pronto, uno que está en la puerta del hotelito exclama:

"—Ahora vamos a salir definitivamente de dudas.

"De un coche que acaba de parar junto a la entrada se apea el general Sanjurjo. ¿A qué viene concretamente? Una duda se abre paso en el ánimo de todos. Puede ser para comunicar a los allí reunidos la abdicación y la marcha de don Alfonso, pero también a anunciarles que se ha declarado el estado de guerra, que la Monarquía está dispuesta a defenderse y que los líderes republicanos triunfantes en las elecciones del domingo van a ser detenidos. Un grupo de periodistas abordamos al general antes incluso de que penetre en el vestíbulo. Todos tenemos la misma pregunta en los labios y varios la formulamos a un tiempo. En tono sereno, dejando caer con lentitud las palabras, Sanjurjo responde con aire solemne:

"—Vengo a poner la Guardia Civil a disposición del Gobierno provisional de la República.

"Cruza rápido el vestíbulo para dirigirse al salón donde se encuentran reunidos los futuros gobernantes, y cuyas puertas se abren en el acto para dejarle pasar. Yo no espero más, porque para mí es suficiente con las palabras del general, que pone al servicio del nuevo Régimen las Fuerzas de Orden Público más numerosas, potentes y disciplinadas. Ni siquiera pierdo unos minutos tratando de hablar por teléfono, convencido de que no sólo los aparatos del hotelito, sino todos los de los alrededores tendrán varios pretendientes que se disputarán su utilización. Corro hacia el punto en que me espera el taxi con el motor en marcha. Salto al interior, mientras indico al conductor:

"—¡A toda prisa, a la calle de Jardines!

"—¿Qué pasa?

"—Acaba de proclamarse la República.

"Sanjurjo llega al hotelito de Príncipe de Vergara a las cinco menos veinte de la tarde. Diez minutos después penetro yo en la Redacción de "La Tierra". A las cinco están redactadas dos breves y sensacionales noticias que aparecerán con caracteres destacados en primera página del periódico. La primera da cuenta de la llegada del general Sanjurjo a casa de Miguel Maura para poner la

TESTIGOS DEL 14 DE ABRIL

Guardia Civil al servicio del nuevo Régimen. La segunda señala que a las siete de esta misma tarde tendrá lugar la transmisión oficial de poderes en el edificio del Ministerio de la Gobernación. A esta segunda noticia añadido un breve estrambote, dada la impresión generalizada de que pueden surgir dificultades de última hora, ya que en Palacio se están reuniendo los ministros del último Gobierno de don Alfonso y destacadas personalidades monárquicas. El pueblo debe estar alerta y vigilante para impedir que nadie pretenda arrebatarle la victoria conseguida en las urnas.

A las cinco y media, "La Tierra" está en la calle anunciando que la República es un hecho. Por la Puerta del Sol y calles adyacentes no se puede dar un paso. Delante de Gobernación se concentran varios millares de personas esperando la llegada de los miembros del Gobierno provisional. En tranvías, coches o andando llegan constantemente gentes procedentes de todas las barriadas, que pugnan por presenciar el histórico acontecimiento. Las bocas del "metro" siguen vomitando oleadas humanas cuando ya no se cabe en las aceras ni en la calzada.

No hay violencias, enconos ni peleas. Madrid es una inmensa fiesta en este atardecer primaveral. Todo el mundo festeja alegremente un cambio de Régimen que, contra todos los augurios, llega con risas y canciones, pero sin lágrimas ni sangre. A las siete, como está anunciado, entran en Gobernación los ministros republicanos. No hay dentro nadie que les

entregue oficialmente el poder, porque los miembros del último Gobierno monárquico se encuentran aún en Palacio despidiéndose de don Alfonso. Alcalá Zamora y sus acompañantes se limitan a tomar posesión de un poder abandonado en presencia del pueblo de Madrid, vociferante y alborozado.

A las ocho de la noche lanzamos una nueva edición de "La Tierra". En ella damos cuenta ya de que el Gobierno de la República ha tomado ya posesión del Ministerio de la Puerta del Sol y realizado los primeros nombramientos; también, que don Alfonso se dispone a abandonar Madrid, si es que no lo ha abandonado ya, y que el resto de la familia real, que pasará la noche en Palacio, saldrá de la ciudad en las primeras horas de la mañana siguiente. Terminada mi tarea en el periódico, paseo durante horas por las calles céntricas de Madrid, abarrotadas por una multitud alegre, que celebra el triunfo con canciones y vítores. En la plaza de Oriente, la muchedumbre canta y grita con mayor entusiasmo que en cualquier otro lugar. Todos los ojos se fijan en el enorme edificio, dentro del que pasan sus últimas horas en Madrid doña Victoria Eugenia y sus hijos. En los gritos de la multitud no hay odios ni rencor de ninguna clase. Nadie pretende entrar por la fuerza en Palacio. Para frustrar cualquier intento, basta y sobra con que unos centenares de muchachos, sin armas de ninguna clase y con un simple brazalete tricolor al brazo, constituidos espontáneamente en guardia cívica, monten una vigilancia un tanto simbólica en torno al soberbio edificio. ■

orden de la acción, y, repito: él sí podía haber sido la base de un Estado republicano. Pero el Partido Socialista vivió la República en dos fases y con dos talentos completamente distintos: La primera, que podemos llamar la fase con talante democrático, y que puede personalizar Indalecio Prieto, y con Indalecio Prieto, una figura tan respetable como la de Besteiro, que aunque era un marxista, estaba en la actitud de un socialismo evolutivo. Indudablemente, ellos se propusieron consolidar la República entrando en el juego democrático. Pero muy pronto, las elecciones del año treinta y tres, que nos dan el triunfo a la derecha, producen una gran irritación en el ala más radical del Partido Socialista, que es la dirigida por un hombre fanático y obtuso como eran Largo Caballero y su estado mayor —todos eran obtusos—, y éstos inmediatamente abandonan el juego democrático; la República democrática no les interesa, y ya no ven en la República más que una vía para el socialismo revolucionario. De añadidura, esta gente obtusa —repito— estaba con la obsesión (cuando esto yo ya era diputado y lo he observado muy de cerca) de no quedarse atrás con respecto a la gran fuerza que era el anarcosindicalismo. Con ello —esto demuestra su condición de políticos obtusos— no consiguieron más que desnaturalizar su propio Partido Socialista. Y al desnaturalizarlo, quitarle esa función de estabilidad política que al país y al régimen habría podido dar el Partido Socialista, entre la burguesía más extremista y la izquierda más radical. Como esa que podía haber sido base de la República no lo fue, la República se quedó sin base y se hundió. Y se hundió y nos hundimos todos en la catástrofe de la guerra civil.

Creo que, en definitiva, es un fenómeno paralelo al de la Monarquía, a lo que le ocurrió a la Monarquía en sus últimos tiempos. La Monarquía, desde la Restauración, se basa en unos partidos políticos, que serán una base no demasiado consistente si se quiere, pero eran una base, una organización, sobre la que actúa todo el tiempo que dura. Viene la Dictadura del general Primo de Rivera, y la Dictadura, sin necesidad de un decreto formal que lo estableciera, disolvió los partidos. Acabó la Dictadura, no había partidos, la Monarquía no tenía base; había excepcionalmente algunos monárquicos fervorosos, leales, con abnegación y espíritu de sacrificio, pero los menos, grupos pequeños. Se produjo la explosión del diez de agosto, pero la verdad es que desde un punto de vista numérico considerable, no había monárquicos. Y, naturalmente, la Monarquía, sin monárquicos en la base, se hundió. Y la República, sin republicanos en la base, se hundió.

Cuando llega el catorce de abril yo era diputado, yo he sido diputado de las Cortes de la República. Era entonces muy joven, no

tenía treinta años; ejercía mi profesión de abogado en Zaragoza, estaba en contacto con las realidades de allá, y Zaragoza ya era un buen observatorio: no era una provincia arrinconada, era una de las provincias donde las dos organizaciones, la UGT y la CNT, tenían más fuerza, sobre todo la CNT. Y recuerdo que ya convocadas las elecciones de abril del treinta y uno y muy próxima su celebración, hubo una de las recepciones que tenían lugar con alguna frecuencia en la Academia General Militar, que Franco dirigía. Para asistir a esa recepción, habían llegado a Zaragoza Millán Astray, el general Losada, el teniente coronel Liniers... Y, recuerdo, yo era el más joven de todos estos señores, yo era "un joven", lo cual, para los graves varones, casi siempre era una disminución, que yo les hablaba con una gran preocupación porque en lo que se llama la Arrabal —la Arrabal, en Zaragoza, es lo que hay del otro lado del Ebro; de este lado está el Pilar, del otro lado la Arrabal; todo aquello era CNT y tanto más— notaba que había un hervor tremendo, y les decía que, en mi opinión, la situación era grave... Recuerdo que por toda contestación se me dijo por parte de alguno de estos graves varones: "No, no, no lo crea usted, usted es muy joven. En España no pasa nunca nada". Respuesta un poco pensosa, ¿verdad? A los pocos días fueron las elecciones, y resultó que había pasado todo.

Vivimos aquellos días con una gran preocupación. Franco también los vivió con una gran preocupación. Hubo un momento en que estuvo pensando si salir con los cadetes..., pero el pensamiento se desvaneció pronto.

En la fecha exacta del catorce de abril, yo estaba también en Zaragoza. A pesar de estos optimistas del que "no pasaba nada", la mayor parte de la gente, de la buena gente de un lado y del otro, creyeron, sin duda con mejor enjuiciamiento de la situación, que era ocasión para moverse. Y, efectivamente, hubo una movilización enorme en el cuerpo electoral, tanto por la derecha como por la izquierda.

Como en otros lugares de España, en Zaragoza se recibió a la República con una gran manifestación por las calles. Recuerdo que yo la vi pasar por El Coso, y en cabeza de la manifestación figuraban algunos sesudos varones —o semisesudos, de edad media—, muy exaltados y aclamatorios, a los que poco tiempo después, algún año después, creo que no movidos por una evolución lógica y responsable, sino simplemente por un oportunismo, les he visto ocupar posiciones importantes en la economía y en la política de la España nacional. Eran varios de aquellos que allí estiraban mucho el cuello para que se les viera bien su improvisada fe republicana, su oportunismo republicano, que es el mismo oportunismo que luego

RAMON SERRANO SUÑER

—Yo no participé en la alegría, la ilusión o la esperanza del catorce de abril, como así se ha llamado muchas veces incluso por españoles tan eminentes y serios como don José Ortega y Gasset, luego por el propio José Antonio Primo de Rivera. No participé, y debo decir sinceramente que no creía en la República. No creía en la República, no podía tener esa esperanza en una nueva aurora en la vida española, sencillamente porque me daba cuenta de que no había republicanos. Los partidos de izquierda Republicana, Radical Socialista, eran unas improvisaciones, en los que había algunas personas inteligentes, creyentes políticamente, pero había una masa de aluvión y muy histerizada. De otra parte, en el ámbito republicano no podíamos referirnos más que a los radicales de Larroux, y eso era una ruina en estado de liquidación. Por consiguiente, yo pensaba que la República no tendría un apoyo, no tendría una base,



y, desde luego, ninguno de esos tres partidos podía serlo ni lo fue.

En la República sólo había una organización política que pudo ser la base del régimen y que pudo haber evitado al país la horrible tragedia de la guerra civil: el Partido Socialista. El Partido Socialista sí que era una fuerza preestablecida, preorganizada, anterior, coherente, con grandes figuras en el orden del pensamiento y en el

les condujo a tomar posiciones, a ser posible lucrativas, en las filas de la España vencedora.

"En fin, yo creo que el catorce de abril fue un fracaso. Yo ya he dicho que tenía una postura antirrepublicana. No obstante, creo que cualquier español con conciencia hubiera deseado algo mejor; que aquello hubiera podido realizarse, hubiera tenido viabili-

dad, que nos hubiera evitado esta tragedia tremenda de la guerra civil.

"Fuimos una vez más víctimas de la gran desgracia de nuestro país, que es su indotación política, la incapacidad que tiene el español medio para la vida política. Y ahora también estamos donde siempre. ■ **Recogido en magnetofón por FERNANDO LARA.**

GIMENEZ CABALLERO

—Yo esperaba el catorce de abril, pero no asomado a mi ventana. Sino ya en la calle cuando sentí cómo iban las cosas el trece de abril. Como un Robinson literario que se había ido quedando solo entre la esperanza de una Revolución nacional y el pavor de que resultara, como así fue, internacional.

"Yo sólo estaba adscrito al partido político de mi mismo. Ortega me había invitado a su Agrupación, la del Servicio a la República. Pero mi servicio hubiera sido muy flaco. Sólo cuando la vi echar a andar tras el catorce de abril pensé en ayudarla a encontrar un Hombre que la salvara, un Prieto, un Azaña. Y empecé a escribir mi libro sobre este último (que acaba de reeditar Turner con gran éxito). Pero el Hombre de España tardó en aparecer: se llamaba Francisco Franco.

"Cuando llegó el catorce de abril, yo vivía en el barrio del Sur, el de las Delicias, que tenía muy pocas, a no ser que se considerara como tales un Ateneo Libertario cerca de mi casa, y que, sin embargo, me sirvió para inspirarme en su bandera roja y negra y plantificarla un Haz y un Yugo y ofrecérselo como símbolo a nuestro Nacional Sindicalismo. Mi barrio quedó desierto el catorce de abril. La gente afilía hacia la Puerta del Sol, que aún tenía mucha importancia. Más que alegría se notaba susto, sobre todo en los que gritaban, pues no llevaban consignas precisas —tan repentina e impensada había llegado esa fecha, que ni el "Himno de Riego" se sabía cantar, y se acudía a "La Internacional". El único capaz de hacer algunas coplas fui yo.

"Recuerdo alguna que escribí en un banco del Retiro, donde no llegaban los gritos y los bocinazos. Así la del Camarero: "Ilústrate, camarero. La Cultura/toma café con Byas, todas las tardes en punto a las tres, sobre tu turno y tu mesa. Y hoy, 14 de abril, ¡mucho más!/¡Un médico!, ¡Un abogado!, ¡Un profesor! (ilústrate, camarero) de los pechos del Partido/los sostenes. En tu turno y a tu mesa. Te defienden los derechos, te defienden tus sostenes/¿un poco más de azúcar, señor?/La Cultura está en tu mesa, se afiló ayer al Partido./Mil pesetas mensuales de sostenes y, hoy 14 de abril, mucho más. ¡Ilústrate, camarero. Por ti piensan/sienten, obran y peroran/tres cafés con Byas!, ¡tarará!".

También recuerdo la del Tipógrafo. Le hice esa copla a uno de nuestra Imprenta: "Tipógrafo de dril que jue-



gas a la rana/los domingos, adoquines entre acacias./Que sabes la Gramática Real de la Española/y oíste a Pablo Iglesias/¡no es ahí donde el plomo/debes colar!/¡Deja la faringe del batracio. La chapa y el vermú./Se marchó ya el Rey de España, ¿lo sabías?/Y te han hecho, ¿lo sabías?, ¡a tí, rey de España./Tú, rey de España/ ¡Tarará!/Mas todos los Reyes mueren, ¿lo sabías?/por jugar mucho a la rana, ¡tarará!/por jugar mucho a la rana/los vermús".

"No se acaban aquí las coplas. Hice otra al cabo de cierto tiempo, tras el catorce de abril, con sus primeros "resultados de los partidos"... Algo más larga, ¿la soportará TRIUNFO?

"Se llamaba "Copla trágica de los UGT madrileños". La de mis queridos socialistas madrileños: "Buenos hombres madrileños/ugetés de Maravillas, compañeros/de la Inlusa, del barrio/del Hospital.../Socialistas madrileños, tan honrados/tan legales, comuneros de las Cortes, ¡tarará!/Madrid se queda sin gente./¿Sabéis lo que pasará?/¡Ay ugetés madrileños, comuneros de las Cortes, sentados/en una villa Real, como Reyes/sin ser Reyes y heredando/todo el odio de una España/por su Villa capital.../¡Ay ugetés madrileños!/Madrid entra en la agonía, ¡tarará!/Socialistas, pacifistas, buenas gentes,/ugetés de parlamento/pororantes de las Cortes, sobre escaños/como en escaños de bar./La meseta de Castilla/como mesa de taberna/¿no la sentís escalar?/Más que el vino sube el odio/a las cabezas y el odio/hacia vuestros cuellos va./¡Ay, ugetés madrileños!/¿Sabéis lo que pasará?/Forasteros rencorosos, las provincias/con el odio de tres siglos en la mano/como bombas/contra Madrid capital/desarmada, legalista, libertaria, ugetista, humanitaria, las murallas de cristal.../¡Ay, ugetés madrileños!/Silencio y en pie, alertas,

¡Tarará!/Olvidasteis la tragedia,/y ya vuelve/una vez más./Olvidasteis, comuneros,/la rota de Villalar./Sepultas las libertades/siega de cuellos honrados/y un forastero cantando/cantando la Internacional. ¡Ay ugetés madrileños!/¡Ay, tarará, tarará!".

"Volviendo al catorce de abril, lo más chocante fue su color, el morado, que algunos castizos de la alegría y el festejo le llamaron el morapio... Porque cada cual interpreta ese color a su manera... Yo pensé que la primera decisión del catorce de abril sería conceder un monopolio a una fábrica química del Estado para que obtuviera el morado oficial. Dando a la recién nacida República la fijeza imprescindible que tenía el soviét con su hoz y martillo o el fascismo con su haz lictoro o que tenía la Monarquía con su escudo y su bandera bicolor. Pero la República cayó en el impresionismo del siglo diecinueve. En el "color". Y dejó a cada cual que lo interpretase a su manera. Así veíamos que el morado iba desde el lila, desde el gris, hasta el azul marino. Hasta el punto que yendo por la tarde del catorce de abril paseando con un rumano le vi, de pronto extremecerse. Acababa de descubrir sus colores nacionales —rojo, gualda y azul— en un estanco republicancísimo.

"—¡Rumania, mi patria!
"Perdone, amigo querido, no es su patria, sino la mía".

"Y desde entonces pensé que ese morado arlequinado y sin fijeza iba a hacer pasar "las moradas" al catorce de abril.

"El catorce de abril se quedó sin literatura, salvo esas coplas más del

tarará que le ha tarareado. Todos los literatos se enchufaron, como entonces se decía, pensando que la energía iba a ser el problema del siglo. Yo dediqué varios comentarios a los "Embajadores que sabían escribir". A Castro, Madariaga, Baeza, Canedo, Vayo... Y a altos puestos, como el de Pepe Bergamín, como director de Acción Social Agraria e inspector general de Seguros y Ahorros, y del que recuerdo una frase digna de su talento y finísima poesía, finísima ironía: "El mal de la Administración Pública en España es haber operado sin sentido poético en las realidades antipóéticas de la cosa administrada". ¡Quién sabe si con Pepe Bergamín fundemos, en vez de empleos en Trabajo, la Orden Laboral que necesita el mundo... Mucho antes que Serer o Ruiz-Giménez, este católico se acercó al mundo social que hoy auspicia la Iglesia... Es un precursor.

"El catorce de abril tuvo la alegría de una esperanza... Con esa alegría que hoy empezaban a sentir algunos hacia otro catorce de abril, pero monárquico... Quizá mi copla más cetera fue aquella que hice al Limpibotas: "Limpibotas: descansado y de mangante/señorito madrileño, limpia-botas/es tu oficio./Prefieres arrodillarte a los pies de otros mangantes/y acariciarles durezas./Hembras y toros! Y el resto/cigarro y no trabajar./Limpibotas de cafeses, de plazuelas y 'salones'/a lo lejos cabalgando botas fuertes, ¡tarará!/Botas fuertes sin cepillos ni charoles/apuntando/la patada, ¡qué patada!/tarará/en tus cremas y franelas, ¡qué patada en tu metal!". ■

JOSE BERGAMIN

—El catorce de abril es una fecha. Dice Pierre Vilár que no hay Historia sin fechas. Evidentemente, la Historia no son solamente las fechas, pero yo creo que sin fechas, efectivamente, no hay Historia. El catorce de abril es una fecha. Lo que marca el catorce de abril es realmente una ruptura. ¿Qué sucedió el catorce de abril? ¿Fue expresamente el advenimiento de la República o la caída de la Monarquía? Parecería que si es la caída de la Monarquía, que es lo que sustantivamente se celebraba el catorce de abril, automáticamente sería el advenimiento de la República, y así fue.

"Concretando en ese día, yo estaba a eso de las tres de la tarde en casa de mi padre. El padre de José Bergamín fue en cuatro ocasiones ministro de la Monarquía, viéndose alejado de palacio en los últimos años del reinado de Alfonso XIII. Recibí por teléfono una llamada del secretario particular del Rey, que quería hablar con mi padre. Mi padre estaba en su despacho; pasó a decirse y me contestó: "Ha debido equivocarse de número...". Después de esto, yo me lancé a la calle, ya estaba la bandera de la República en la casa de Correos, en la Cibales, ya se manifestaba el regocijo popular



verbenero que fue catorce de abril, con un día espléndido de primavera. Allí encontramos mi mujer y yo a una gran amiga nuestra, que era una famosa ballarina: Encarnita López, "La Argentinita". ¿Qué te parece esto?, le preguntamos. "Esto me parece —nos contestó— el Entierro de la Sardina". Efectivamente, el aspecto de regocijo popular madrileño era un aspecto carnavalesco, y aun diríamos que de último día de Carnaval. Era goyesco, solanesco, pero sin la tristeza o la amargura que podrían tener estos aspectos, sino realmente más bien con la alegría del género chico.

PARA LOS
ESPAÑOLES DEL
FUTURO:
LACTANCIA
NATURAL
Y
HERMANO LOBO



HERMANO LOBO

LA REVISTA DE HUMOR
SIN ADULTERACIONES

"Esto del género chico es importante, porque no hay que olvidar que toda la Restauración borbónica, desde su principio hasta su fin, que era ese día, fue género chico. En los "Episodios Nacionales" ya Galdós hablaba del paso en el siglo diecinueve de una España trágica a una España cómica, que es la España de toda la Restauración. Y, efectivamente, detrás de toda aquella alegría verbenera y de género chico, muy zarzuelera, del catorce de abril, iba a terminar la Historia cómica y a empezar otra vez una Historia trágica, otra vez una España trágica... Ese era por lo menos el presentimiento que teníamos muchos de los que habíamos pensado en aquella República que entraba como consecuencia de la caída de la Monarquía el catorce de abril. Caída voluntaria, porque realmente Alfonso XIII se fue porque quiso, pero bien aconsejado sin duda.

"¿Qué significaba aquella República? Yo creo que hay que preguntárselo a quienes la estaban pensando desde hacía mucho tiempo, que eran los intelectuales: escritores, filósofos, poetas... Y entre los más destacados, evidentemente citaríamos a Antonio Machado, a Valle-Inclán, a Ortega y Gasset y a Manuel Azaña. Si les preguntamos a estos cuatro pensadores republicanos qué es lo que esperaban, lo que creían de la República, encontraremos tal vez una sorpresa para muchos: que el que pensaba la República con más claridad, y hasta yo diría que con más entusiasmo, era don José Ortega y Gasset. A él se debía el famoso artículo "Delenda est Monarchia", que él modestamente negaba que hubiese tenido una gran influencia en el acontecimiento del catorce de abril, es decir, en la caída de la Monarquía, diciendo que realmente lo que sucedía es que había acertado con la fórmula de un hecho que se iba a producir y que él trató de definir entonces. Tengo a mano uno de sus mejores artículos de años después, cuando si no se puede hablar todavía de la caída de la República, sí se puede hablar del primer paso que se dio contra la República, que fue el advenimiento de las derechas al poder el año 1933, tras la victoria de la CEDA en las elecciones. Entonces Ortega escribió una serie de ensayos, tres o cuatro, entre los cuales, en "El Sol", apareció uno particularmente interesante, que se titulaba "En nombre de la nación, claridad". Lo que Ortega pedía, efectivamente, era claridad. Preguntémoslo, entre paréntesis, si hoy, en vísperas también de un cambio en la situación política, que no sabemos todavía si es o no un cambio de Régimen, no es lo que más podríamos reclamar de todos los españoles, y sobre todo de aquellos que tienen responsabilidad en la vida pública: claridad. Leo ahora unos párrafos de ese artículo. Escribía Ortega:

"Pocas veces se habrá producido en la Historia un hecho más claro, más transparente, se ve hasta el fondo de él como en un arroyo serrano (este hecho es la República del catorce de abril). La

República surgió —sigue escribiendo Ortega— con la sencillez, plenitud e indeliberación con que se producen los fenómenos biológicos, con que en mayo brotan las hojas por las ramas del olmo y engorda la espiga sobre la caña. La ingenuidad de estas imágenes geórgicas no es inoportuna, porque un pueblo tan campesino como el español suele moverse en la Historia dirigido por un instinto vegetal..."

"Una vez subrayada la importancia del pensamiento de Ortega, vamos a preguntarnos cuál era el de los otros tres, o por lo menos dos, puesto que el pensamiento de Azaña es ya sobradamente conocido, y, además, en Azaña no fue sólo pensamiento, sino acción:

"Recuerdo que esa misma tarde del catorce de abril habíamos paseado mucho por todo el regocijo verbenero de la ciudad, y a últimas horas de la tarde nos reunimos en el café Lyon, enfrente a Correos, con don Ramón del Valle-Inclán. Allí, don Ramón, que tenía ya en aquel tiempo su barba casi blanca y la sonrisa —que dijo Rubén Darío, "como flor de su figura"— más cordial y simpática que nunca, nos hizo preguntas concretas: "¿Han arrastrado ya por las calles el cadáver del general Berenguer? ¿Le han cortado la cabeza a la infanta Isabel?...". Y otras preguntas del mismo género. A las cuales, cuando nosotros contestábamos: "Todavía no, don Ramón, todavía no, que sepamos", él replicaba: "Entonces, ésta es la República de Díez-Canedo", que era muy conocido amigo de todos como un hombre extraordinariamente amable, cordial, nada violento, etcétera.

"Por lo que se refiere a Machado, ese día Antonio no estaba en Madrid, pero él ha contado admirablemente cómo izó la bandera republicana en el Ayuntamiento de Segovia y cómo aquella "hora de España" fue inolvidable para él en toda su vida.

"Así tenemos cómo pensaba la República, o cómo pensaban en la República los escritores, los poetas más destacados.

Los de mi generación pensábamos exactamente lo que decía al principio; mejor dicho, sentíamos, porque de lo que se trataba en este momento era más bien de sentir que de pensar. Sentíamos la República yo creo que, sobre todo, como la describe después, el año treinta y tres, ya en las vísperas de perderla, Ortega.

Yo pienso, como Antonio Espina, que realmente nuestra generación, en lugar de llamarse tontamente "del veintisiete", que es una fecha insignificante, debe llamarse la "generación de la República", mucho más cuando realmente todo el grupo de nuestra generación se dispersó a la caída de la República, que no cayó, que fue derribada, como todos sabemos. Casi toda nuestra generación fue al exilio y se dispersó en el destino. Es una minoría de nuestra generación la que queda en España, ya sea participante o neutralizada. ■ Recogido en magnetofón por FERNANDO LARA.